

# **DESDE LA LITERATURA**

## M o H

María Pozzio

"Y entonces vi de nuevo, y para siempre, lo que siempre había temido ver, y que siempre había evitado ver: que él era una mujer tanto como un hombre".

*La mano izquierda de la oscuridad*, URSULA K. LE GUIN

Le habían contado que hacía mucho tiempo, en la facultad, habían criado a un perro *raro, indefinido*, con unos genitales un poco confusos: las bolsas de los testículos desinfladas, una pequeña protuberancia tipo pene —pero que nunca se erguía— y, en su interior, ovarios como los de cualquier perra. El perro, a quien llamaban Diagonal —porque había gente que decía "la" Diagonal y otros que decían "el" Diagonal—, era un collie nevado de mirada arisca, que sus dueños habían donado a la ciencia cuando se enteraron de su malformación. La gente de la facultad estaba encantada con tener un engendro de apariencia tan normal como Diagonal, y, pedagógicamente, le explicaron a los exdueños que lo que tenía el perro no era una *malformación*, sino una *indecisión genética*. Esas fueron las palabras, tal como las leyó Ronnie en los archivos del Consejo de Investigación y Bioética de la década de 1950, cuando el perro era la estrella de la facultad.

"Indecisión genética", pensaba Ronnie frente a las vitrinas que conservaban el cuerpo disecado de Diagonal, que miraba con sus ojos oscuros de vidrio, un poco más allá del reflejo de Ronnie en el cristal. Le había dado tantas vueltas a ese asunto: ¿quién toma las decisiones?, ¿los genes, todos, democráticamente?, ¿un gen dominante, dominador?, ¿la inteligencia que los domina?, ¿uno mismo, dueño de sus genes? Había querido compartir su inquietud con un auxiliar de Genética y Biometría, pero este le había dicho amablemente que sus preguntas no eran de índole veterinaria, sino metafísica.

Metafísica: más allá de la física. Del físico, del cuerpo. Era como andar en círculo: ya había pasado antes por esa respuesta. Fue cuando escuchó por primera vez la historia de Diagonal y entonces, a pesar de sus menstruaciones y dolor de ovarios indiscutible, fue a hacerse una ecografía,

esperando encontrar en esas confusas imágenes en blanco y negro la razón de su propia confusión. Pero la médica le había sonreído con sus delgados labios pintados de *rouge* casi violeta y le había dicho: "no se ve nada fuera de lo normal, todo bárbaro, estás regia". No había *malformación* ni *indecisión genética*. *Todo en su sitio*. Pero Ronnie no estaba *regia* y seguía dándole vueltas en círculo a su *asunto*.

Ya no pensaba en otra cosa y tuvo que dejar la facultad. No se podía concentrar en nada y le parecía que de día todas las miradas herían. Sus padres, un poco asombrados de que dejara de estudiar una carrera que le fascinaba, habían querido ayudar, preguntar, saber, pero se habían topado con la puerta cerrada del cuarto de Ronnie. El padre le decía que era como Sansón, había perdido la fuerza por cortarse tanto el pelo; pero a la madre *el asunto* no le causaba la misma gracia. Pensaba que una cosa era ese aire de chica varonera que ama a los perros de la calle que siempre había tenido Romi, y otra cosa muy distinta ese aire varonil que se esmeraba por dejar en cada parte de la casa por donde pasaba. Por ejemplo, había plantado una maquinita de afeitar azul y un desodorante Axe en el baño, a la vista de todos. Mirando el tubo metálico del desodorante, sospechando su aroma masculino, la madre no pudo soportarlo más y se puso a llorar desconsoladamente, susurrando "mi nena, mi nena" con cada sollozo.

\* \* \* \* \*

Un recuerdo simultáneo vibró en la memoria de Ronnie y su madre. Fue simultáneo porque lo pensaron al mismo tiempo, casi. Pero no fue el mismo, aunque recordaran la misma situación, un pedacito de pasado compartido que, vaya a saber cómo, volvió a sus mentes en el mismo, preciso instante.

Romi tenía que dejar los pañales, o ya los había dejado. Usaba a regañadientes una pelela<sup>1</sup> blanca, que era como una silla diminuta, con respaldo floreado y apoya brazos. La mamá le explicaba amorosamente que debía sentarse y hacer pis allí, sentada, *como todas las nenas*. Como Ronnie no aguantaba más, y sentía que el chorrito caliente se le escapaba, se sentaba y hacía pis, pero mantenía la mirada desafiante en su mamá y una vez que había terminado, ya liviana, le decía que cuando ella fuera grande *iba*

<sup>1</sup> Bacinica.

a hacer pis parada. La madre se reía y les contaba a todos los parientes la ocurrencia de la nena. Y ahora recordaba la *ocurrencia* de la nena y su llanto se volvía más amargo; aferrada al tubo del desodorante, oliendo con todo el cuerpo su fragancia marina, áspera, varonil, la madre pensaba que *todo este asunto* de Romi ya venía de antes, y que parte de la culpa era de ella, que no lo había podido evitar.

Ronnie recordaba que los apoyabrazos de la pelela solían dejarle astillas pequeñas en la palma de la mano. Había aprendido a hacer pis allí y toda, toda su vida había soñado con hacer pis parado. Además del "parirás con dolor", existía otra condena más sutil y era esa: no poder hacer pis como los hombres, con las piernas estiradas, la postura erguida, la mirada hacia delante. Había un encanto incierto en los hombres cuando hacían pis: le encantaba observarlos y hasta había dibujado unos esbozos de sus poses, esperando con eso poder crear un prototipo mecánico —algún sistema de mangueras o algo así— que le permitiera hacer pis parado.

El recuerdo de la pelela le había provocado una sonrisa y ganas de ir al baño. Preguntó al mozo del bar la dirección de los baños y subió las escaleras tal como este le había indicado.

En los bares, boliches<sup>2</sup> y restoranes suele haber dos baños: el baño de caballeros y el baño de damas. *Damas* y *caballeros*, como diría un presentador o un vendedor ambulante de esos que suben al colectivo vendiendo enchufes, lapiceras y demás cosas útiles y llevables para la cartera<sup>3</sup> de la primera y el bolsillo del segundo. Para marcar qué baño corresponde a cada quien, algunos pintan con trazo grueso las palabras en cuestión: "Damas", "Caballeros". Otros prefieren las siluetas de metal: caballeros con sombrero o damas con curvas indudables. También suele haber dibujos, alusiones diversas como los signos ♀ y ♂, fotografías de Evas y Adanes, y demás logos más o menos pensados, diseñados, acordes a la decoración del lugar. Ronnie miraba a ambos lados, las mudas puertas negras que en un exceso de minimalismo sólo llevaban inscritas en pintura plateada una H y una M. A la izquierda, la H; a la derecha, la M. Ronnie dudaba. Quizá no debía remontarse a los tiempos de la pelela, pero sus problemas con los baños no eran sólo de ahora. Le pasaba que en los baños de hombres no podía

<sup>2</sup> Discoteca.

<sup>3</sup> Bolso.

usar los mejitorios,<sup>4</sup> y entrar a la zona del inodoro en presencia de otras personas le daba vergüenza. Una vez, mientras estaba sentado haciendo pis, escuchó cómo un tipo, del otro lado de la puerta, se masturbaba y le decía obscenidades. En los baños de mujeres el riesgo era que alguna se ofendiera, lo tratara mal y dijera cosas como le había escuchado decir a la señora de la mesa de al lado, que con gran ofensa le comentaba a su capuchino recién servido "un hombre que quiera ser mujer... ya se ha visto, lamentablemente... pero una mujer que quiera ser hombre, ¡qué horror!, ¡qué vergüenza!" Cuando Ronnie se levantó a preguntarle al mozo dónde estaban los baños, miró a la mujer que, indignada, no quería ni mirarlo y vio que era una mujer gris, seca y con olor a pergamino, y en vez de sacarle la lengua como había planeado, le dedicó su mejor sonrisa.

M o H, izquierda o derecha, Ronnie dudaba. Después de darle tantas vueltas al asunto, lo había decidido. Romi quedaba atrás. No quería tener la mirada arisca de Diagonal, ni ser llamado con un nombre de línea geométrica, ni de trazado urbano. El *asunto* no era una *indecisión genética*, sino su propia y dolorosa decisión humana. No iba a renegar de su cuerpo, su naturaleza, sus tetas, sus ovarios, sus dolores de cabeza. Pero sí podía trascenderlos y tirar todos los corpiños a la basura, junto con las hebillas y los pósters de Sarah Kay. M o H, ¿qué era eso? Mujer, Hombre, Macho, Hembra, como si todo fuese lo mismo. La exestudiante de Veterinaria le indicaba la M, el muchacho que había decidido hablar con sus padres de una buena vez le indicaba la H. La inminencia del chorrito caliente entre sus piernas volvió a traerle el recuerdo de las discusiones con su madre por el uso de la pelela. Todas las miradas del bar, allá abajo, le respiraban en la espalda, y los comentarios de la señora del capuchino, del mozo, del profesor de Genética y Biometría, todas esas palabras no dichas se le clavaban como darditos envenenados. De repente, antes de que se le mojaran los pantalones, con la claridad de la urgencia, se dio cuenta. ¿Cómo iba a ser la M de macho y la H de hembra? Allí no había machos y hembras, sino Hombres y Mujeres, algo mucho más laxo, flexible y sutil, que por eso mismo la alejaba de los riesgos de las vitrinas y la taxidermia. Ronnie corrió al baño de hombres, se sentó en el inodoro y con los ojos llenos de lágrimas, alivió su vejiga mientras reía a carcajadas.

<sup>4</sup> Mingitorios.

De vuelta en casa, olió su desodorante en los brazos de su madre, miró su cara triste y la abrazó con fuerza, como no la había abrazado en mucho tiempo. La madre le acarició el mentón áspero, hizo un puchero más y lo estrujó sobre el pecho, como suelen hacer las madres con los hijos pequeños. "Yo sólo quiero ser veterinario", le dijo Ronnie, con voz apagada. "Ya sé", le respondió la madre, con un suspiro que le hizo vibrar todo el pecho, "Ya sé, hijo, ya sé" ●

La Plata, 2006.